

RESEÑA DE LINA CHAN

*Handbook of Middle American Indians*. General Editor, Robert Wauchope. Volume 3. *Archaeology of Southern Mesoamerica*, Part Two. Gordon R. Willey, Editor. University of Texas Press. Austin, 1965. Páginas 561-1084. Numerosas figuras y grabados.

I. La primera parte de este volumen lo integran 6 artículos que completan lo tratado acerca de la cultura maya de las tierras bajas en el volumen anterior.

Robert L. Rands, describe los jades de las tierras bajas; se refiere a las distintas técnicas de trabajo y tipos de artefactos. Presenta una zonificación y periodificación que sugieren que los trabajos en piedra verde de épocas tempranas tenían influencias olmecas, no presentándose hasta el clásico un estilo propiamente maya. El postclásico incluye influencias de las culturas del centro de México. El periodo inmediatamente anterior a la conquista

fue de franca decadencia en ese arte. Sugiere Rands relaciones estrechas entre los estilos de las tierras bajas y altas, y señala parecidos con el estilo de Oaxaca. El autor no profundiza en los aspectos petrográficos del material, lo cual hubiera sido de gran utilidad para conocer las fuentes y rutas de dispersión de las piezas.

Joy Mahler se refiere a los textiles y vestidos en la misma región, afirmando que sus representaciones en figurillas, escultura, pintura, etcétera, permiten aclarar algunos problemas; considera que el cambio en el vestido de los mayas, fue mínimo desde el clásico hasta la conquista española, y advierte que por la multitud de piezas de joyería y detalles ornamentales, muchas prendas de vestir no pueden ser correctamente descritas, pues son ocultadas por aquéllos. Sin embargo, aun desconociendo en su totalidad las técnicas de tejido, postula que la variedad existente era mucho mayor y más rica que la conocida. El material se presenta bien ilustrado y clasificado, pero sin las comparaciones necesarias con las tierras altas y con sitios fuera del área Maya.

William R. Coe resume lo conocido sobre los artefactos, señala la similitud de implementos en los distintos sitios, lo que apoya la idea de una cultura general de las tierras bajas, con diferencias locales. En una breve reseña de los materiales empleados: pederual, obsidiana, calcita, cuarcita, granito, cerámica, hueso y quizá madera, facilita una buena fuente de información sobre su posible procedencia. El artículo trata sobre todo de la región Petén-Belice en el Clásico, con breves referencias a otras zonas y épocas. Menciona también las técnicas principales de manufactura, aunque sin entrar en detalle.

Linton Satterthwaite trata de los sistemas calendáricos, y compara los calendarios en general y los de los mayas. Para el autor los calendarios mesoamericanos son herramientas pseudo-científicas que shamanes y sacerdotes usaban para la adivinación y reglamentación de los ritos; lo complicado del sistema calendárico maya muestra que su uso no estaba limitado a la vida diaria. Menciona que si bien algunos autores suponen contactos extracontinentales en su origen, tales ideas no son generalmente acertadas. Detalla los sitios donde han sido halladas las piezas fechadas y las fechas que representan, dentro y fuera del área maya. Compara los diferentes sistemas de correlación y las teorías en que se basan.

J. Eric S. Thompson traza la historia de los intentos de desciframiento desde Landa, describe los materiales y técnicas de los escritos a descifrar: esculpidos en piedra y estuco, pintados en murales, códices o cerámica, o grabados en joyas, concha y hueso, y hace notar las diferencias en el contenido entre unos y otros.

Buena parte de su trabajo la dedica a describir los glifos así

como la mecánica de su inserción y distribución. Nota similitudes entre los de distintos sitios, con ligeras diferencias locales en la región central, y variantes en los lugares más alejados. La standardización de los sistemas, que empieza con Copán en 9.12.10.0.0 o 9.13.0.0.0., es modificada por estilo que, apareciendo primero en otro sitio se difunden al ser adaptados por los demás. Esto tiene fuertes implicaciones políticas y apunta la influencia de varias regiones, la separación gradual del Puuc y su influencia en el Petén, especialmente en Yaxchilán, que luego se pierde. Trata después de los posibles orígenes de la escritura maya, notando que los animales que figuran como signos calendáricos parecen indicar las tierras bajas como lugar de origen. Aunque la escritura maya presenta vagos parecidos con los sistemas olmeca y zapoteca, hay diferencias tanto en estilo como en el uso de afijos. Finalmente resume las mecánicas del desciframiento y discute —rechazándola— la posible forma silábica de la escritura, dando una opinión reservadamente optimista en cuanto al problema del desciframiento.

En el último artículo de este grupo Ralph L. Roys ofrece un resumen: define la zona, lingüística y geográficamente; afirma que la población de la región pasaba de 300,000 h. al momento de la conquista; con organización social basada en una división exogámica; la estratificación social incluía clases: nobles, plebeyos y esclavos. Trata además del patrón de asentamiento, en pueblos nucleados, donde en la parte central se concentraban los templos y, en su periferia, las habitaciones de nobles y sacerdotes, principales y plebeyos. Menciona una organización por barrios y la coexistencia de sistemas de propiedad comunal y privada; y describe su ciclo de vida y organización política, que constaba —a mediados del siglo xv— de 16 estados independientes.

Se mencionan las características de la guerra, el comercio y la religión, donde hubo influencias mexicanas como los cultos a Xipe y Tlazolteotl en Mayapán, y termina Roys con un resumen acerca de la ciencia, la cronología, matemáticas y astronomía, en decadencia a la llegada de los conquistadores. Describe también la adivinación, la genealogía y la mitología; etcétera. El artículo está bien documentado y hace uso frecuente de las fuentes coloniales.

II. Otra sección con 4 artículos abarca lo poco conocido de la región sur del Golfo de México. Comienza Michael D. Coe, describiendo el área, de la cual arqueológicamente sólo se conocen la Mixtequilla, al Este de Alvarado, Ver; Los Tuxtles y la parte norte del Istmo de Tehuantepec. Hace el autor historia de las excavaciones efectuadas de las cuales tres sitios han dado sufi-

ciente material para ser publicados separadamente: Tres Zapotes, Cerro de las Mesas y La Venta.

Incluyendo el Complejo Soncuautla, el área presenta una cronología iniciada en el Preclásico Medio, entre 800 y 400 a. C., en la fase olmeca. Entre sus características están el uso de basalto columnar en la construcción de tumbas y bardas, técnicas avanzadas en el trabajo en serpentina y piedra verde, ofrendas de pavimentación en mosaico, espejos cóncavos, figurillas de cerámica hechas a mano, un complejo cerámico que incluye platos de fondo plano, tecomates y uso del "rocker-Stamp", etcétera.

El Formativo tardío tiene parecido con fases similares en otras áreas de Mesoamérica. Decece la cantidad de hallazgos característicos de la fase anterior, apareciendo el estilo de Izapa. Esta fase incluye también la Mixtequilla y Tabasco. El Clásico temprano se define por la aparición de rasgos que denotan influencias teotihuacanas, entre ellos tripodes cilíndricos, floreros, cerámica anaranjada delgada, candeleros, etcétera.

El Clásico tardío tiene características mayoides. Entre sus rasgos están las figurillas de cerámica de pasta fina, hechas en molde y policromadas. Las diferencias locales existen, pero son poco conocidas. En el Postclásico temprano, la zona recibe influencias relacionadas con el México Central, así como también de Veracruz. Las cerámicas características están relacionadas con la Huasteca y el Centro de Veracruz. Se encuentran indicios de cremación.

En el Postclásico tardío, la región recibe también influencias de la zona Mixteco-Puebla. La cerámica Azteca o aztecoide está ausente, pero ello puede ser consecuencia del poco conocimiento que hay sobre la zona.

Coe es también autor de otro artículo donde discute el problema del estilo olmeca, tanto en arte monumental como portátil. Después de estudiar los materiales, lo define no sólo por una iconografía determinada sino por cualidades de línea, forma y espacio, y lo considera realista. Menciona símbolos relacionados con personajes, probablemente míticos, a veces considerados como escritura jeroglífica. Hace notar la amplia distribución del estilo y lo identifica por la presencia del símbolo U y de la cruz de San Andrés, los cielos representados por entrelaces, escenas dentro de jaguares estilizados, personajes bien alimentados representados en forma realista, y la ceja característica.

Matthew W. Stirling trata de la escultura monumental del área, con una recopilación de las clases de monumentos; y Frances V. Scholes y Dave Warren estudian el momento de contacto con los europeos; usando fuentes documentales, mencionan la atracción que por sus riquezas ofrecía la región y su conquista temprana.

Estiman la población entre 150.000 y 200.000 h. y describen los pueblos mencionados en los documentos; tratan también la distribución de los grupos étnicos; la variada situación política pues además de la parte dominada por los aztecas, había regiones como la zona de Coatzacoalcos, que gozaba de autonomía local. Finalmente discuten la guerra, la religión, la economía y el comercio con objetos suntuarios de gran importancia en el resto de Mesoamérica, entre ellos cacao, oro, turquesa y coral.

III. La última sección del volumen incluye 9 artículos sobre arqueología de Oaxaca; Alfonso Caso es autor de 5, uno de ellos en colaboración con Ignacio Bernal.

Refiriéndose a la escultura y la pintura mural afirma Caso que el estilo característico de Monte Albán I lo forman los danzantes; en la fase II, el estilo peculiar con las cabezas de Zimatlán y Monte Albán que recuerdan a las Olmecas. La transición II-III carece de representación escultórica segura. El periodo IIIA presenta, por el contrario características marcadamente zapotecas con numerosos hallazgos de estelas. Las representaciones más importantes de esta fase se encuentran en Yaguila, Río Grande y la Mixteca.

Las pinturas murales muestran casi invariablemente asociación funeraria, aunque existen datos para suponer que los edificios zapotecas estaban decorados con pinturas. No hay representaciones adjudicables a las fases I ó III; pero se conocen muchos ejemplos del Clásico, con diferencias de estilo entre las fases temprana y tardía, e influencia teotihuacana en la primera.

La lapidaria y la metalurgia en oro y cobre de la región son descritas por Caso, presentando el problema de la identificación de los llamados jades y de la investigación que al respecto han hecho varios autores.

La fase I está limitada a cuentas, orejeras y algunos trabajos de mosaico. Monte Albán II, con profusión de collares y bolas de regular tamaño, posiblemente usadas como ofrendas; en esta fase se encuentran las primeras representaciones antropomorfas. En la fase IIIA la influencia teotihuacana es notable; en la transición a IIIB hay 2 estilos distintos. El Clásico tardío recibe piezas del área Maya. El Postclásico temprano muestra la influencia Mixteca que será más aparente en el Periodo V. También describe el autor las técnicas de trabajo del oro y cobre, así como su distribución, a partir de Monte Albán IV.

En otros dos artículos Caso trata de la escritura y el calendario zapoteca y mixteca. Para el autor el origen del calendario maya está en un sistema ya conocido tanto por los olmecas como los

habitantes de Monte Albán en la fase I. Éste se enriquece en la segunda fase con nuevos glifos.

Intenta Caso la reconstrucción del Calendario zapoteca y lo compara, sucesivamente, con el mexicano y con el zapoteca del Sur, usado en la actualidad, encontrando parecidos que indican un origen común. Al hablar de la escritura mixteca apunta las relaciones que existen con la de Puebla, indicando que además de presentaciones puramente jeroglíficas hay en ellas conceptos ideográficos y fonéticos.

Finalmente describe el calendario y lo compara con el zapoteca. Termina dando valiosa información sobre la lectura de los Códices.

Ignacio Bernal es autor de dos artículos. En su primer trabajo Bernal intenta la síntesis arqueológica de la región, advirtiendo que sólo son conocidas El Valle y la Mixteca Alta, que forman la base de su estudio. Señala que Oaxaca es uno de los mosaicos lingüísticos más complicados de Mesoamérica y que fueron frecuentes los movimientos de pueblos. Hace un resumen detallado de las exploraciones arqueológicas en la región y delimita las zonas estudiadas.

Para la zona zapoteca, advierte la necesidad de subdividirla y recurrir para su estudio, a las disciplinas auxiliares. Supone que la densidad de la población a partir del periodo IIIB era similar a la actual. Los hallazgos comprenden desde el preclásico hasta la conquista española.

El área Mixteca presenta restos desde épocas precerámicas. La influencia de los zapotecas disminuye desde épocas tempranas hasta perderse, y fue sustituida por la mixteca que terminó por absorber el área del Valle y extenderse, cuando menos estilísticamente, por toda Oaxaca. En el otro artículo, Bernal enfoca el problema de la arquitectura oaxaqueña después del final de Monte Albán III. Señala y describe los edificios de lugares, como Mitla, habitados desde épocas muy tempranas y que alcanzaron su máximo florecimiento en tiempos tardíos.

El artículo en colaboración de Caso y Bernal sintetiza los conocimientos sobre cerámica de la región; formulan una periodificación y dan sus correspondencias con otras regiones la fase I, Preclásico Superior, contemporánea con Ticomán, Cuicuilco y Pánuco I, (aproximadamente, 650 a. C.). La fase II, Formativo Final, contemporánea de Teotihuacán I. El transicional II-III con Teotihuacán II; IIIA con Tzakol y Esperanza. La Transición IIIA-IIIB, con Teotihuacán IV; IIIB, con Tepeuh y Amatlé; IV con la fase Tolteca del Centro de México y la V parcialmente con la anterior.

Desde la fase I existen las cerámicas grises que luego serán características de toda la región; sus formas peculiares son platos y cuencos, con soportes mamiformes y decoración de fuertes rasgos olmecas. El periodo II tiene cuencos de paredes más altas y verticales que en el anterior, así como formas globulares, figurillas antropomorfas, vasos cilíndricos, cajas-incensarios de mango. A esta fase corresponde el inicio de los cuencos de "patas de araña" que luego serán característicos del periodo IIIA.

La transición II-III A tiene influencia Teotihuacana en las formas de flores, vasijas Tlaloc, cuencos de fondo plano y paredes divergentes, curvas, etcétera. Esta fase marca el cambio en orientación, por primera vez, hacia el México central mas bien que hacia el Sur de Mesoamérica existente en etapas anteriores.

En el periodo IIIA, dominado por la influencia Teotihuacana, las cerámicas son grises, pulidas, con decoración grabada o incisa. Los bicónicos teotihuacanos y los candeleros, así como figurillas hechas en molde y las ya mencionadas vasijas de "patas de araña". La transición IIIA-IIIB está representada principalmente en las tumbas 103 y 104, donde se observa la transformación general de formas y la aparición de nuevos tipos.

Los periodos IIIB y IV no se distinguen en cuanto a cerámica; si bien arquitectónicamente IIIB marca el final de las grandes construcciones en Monte Albán, y IV es, políticamente, la fase en que la dominación del valle no pertenece ya a este sitio. El tipo más común son cuencos cónicos hechos en cerámica gris, pulidos en el interior y con labios reforzados; algunos con decoración sencilla en el interior. Al final de la fase aparecen los cuencos esféricos mixtecas. Son característicos los vasos en forma de garra de tigre y el florero-olla, así como los incensarios de cuerpo cónico o hemisférico. Se encuentra como importación, la cerámica plumiza, aunque escasa, así como una copia local de la Naranja Fina, bastante abundante.

La última fase muestra asociación con el estilo Mixteca: ollas globulares y cuencos con soportes zoomorfos, así como los incensarios característicos, miniaturas y figurillas de molde.

El artículo está magníficamente ilustrado. La descripción de las cerámicas están basada en color, desgrasantes, terminado, grosor, baño, forma y, ocasionalmente, decoración.

Jorge Acosta nos habla de arquitectura, asignando características a cada periodo; señala que el inicio de la construcción de columnas de cascajo se halla en la fase I. Los Juegos de Pelota principian en II. El Tablero de doble escapulario en IIIA. Describe otros sitios, como Montenegro, Yucunudahui, Huamelulpan,

Quiotepec y Guiengola. Acepta y sigue la periodificación de Caso y Bernal, incluyendo la unidad de IIIB-IV.

Termina el volumen, con el trabajo de Ronald Spores describiendo en forma metódica la región en el momento de la conquista europea. Después de mencionar las fuentes enumera los intentos de estimación demográfica y calcula la población, en el momento del contacto, en 1.500.000 h. aproximadamente. Habla luego de organización política y social del Valle de Oaxaca, dominado por Zaachila, como cabeza de una alianza de emergencia para defenderse de amenazas exteriores. El patrón de subsistencia es fundamentalmente agrícola, basado en el complejo mesoamericano.

El patrón de guerra en el Valle es similar al del resto de Mesoamérica: hacer prisioneros y obtener tributos son sus características principales. Había centros fortificados y con guarnición, aunque las formas más comunes de ataque eran la incursión y la emboscada.

Los patrones sociales, rígidos, son patrilocales y patrilineales. El factor más importante en la organización era el de la clase dentro de la comunidad. La religión incluía sacrificios de animales, auto-laceración y canibalismo ritual.

Los zapotecos del sur, dominados por los Mexicanos, tenían características bastante similares. Practicaban la poligamia, y la existencia de guerras civiles está probada documentalmente; características bastante parecidas se encuentran en las zonas montañosas ocupadas por zapotecos.

La Mixteca Alta tiene rasgos algo distintos. En primer lugar, el concepto de monarquía absoluta estuvo generalizado en cada uno de sus señoríos, entre ellos Yanhuitlán, Teposcolula, Tilantongo, Mitlatongo, Nochixtlán y Tejupa. Esta región formaba dos provincias tributarias de México; Tlaxiaco y Coixtlahuaca. El patrón de asentamiento muestra la unión entre las zonas rituales y de habitación. La Mixteca Baja dependió políticamente, en gran parte del Señorío de Tututepec, al cual pagaba tributo.

En general toda Oaxaca presenta características comunes: organización religiosa altamente elaborada; economía sobre todo agrícola, basada en cultivos difundidos en toda Mesoamérica, aunque era importante la recolección y comercio. Se observan en ella tres patrones de asentamiento: Los pueblos Mixes, Chinantecos y Mazatecos, dispersos, de núcleo desocupado; los Zapotecos y posiblemente los Cuicatecos, nucleados compactos y, por último, los Mixtecos, con un tipo intermedio. El patrón familiar en la región zapoteca y probablemente en la mixteca está sumergido por los lazos de la comunidad. Los varios focos de poder político

que emergieron en las épocas inmediatamente anteriores a la conquista española fueron Tenochtitlán, Teozapotlan (Zaachila), Tehuantepec, Tututepec y Teotitlán del Camino: las comunidades dependían generalmente del que dominaba la región correspondiente.

Todo el volumen está ampliamente ilustrado; la bibliografía general, que sirve de referencia central a las listas parciales, sólo es válida hasta 1960, aunque en los artículos aparecen citados algunos trabajos posteriores. El tiempo transcurrido entre la iniciación de la obra y su distribución es uno de los aspectos menos positivos del volumen.

Su defecto es la carencia de coordinación en el contenido de los diferentes trabajos. La falta de standardización en nomenclaturas, uno de los factores que frenan el intercambio de ideas en el campo de la arqueología mesoamericana, hace que en algunas ocasiones no sean comparables los materiales.

Sin embargo, debemos afirmar que este *Handbook* será, definitivamente, una de las obras que pasarán a convertirse en trabajos de consulta obligada, en los que basar correctamente una investigación sobre cualquiera de los temas tratados. Su uso y divulgación, de antemano asegurados por su enfoque y cobertura, la convierten desde luego en fuente que todo investigador de la arqueología mesoamericana debe conocer a fondo, no como referencia primaria sino como base fundamental.

JAIME LITVAK